

Fiesta de cuarentena

©Edgar Manuel Martínez

Es martes, vigésimo primer día de cuarentena. No ha parado de llover en las últimas dos semanas. Las personas que aún salen a la calle se confunden entre la niebla rojiza que permanece inmóvil sobre el pavimento. Miles de gotas cáusticas se desploman desde las nubes que se amotinan borrascosas. Los relámpagos destrozan el silencio cual enfurecidas raíces fulgurantes. El aire corrosivo, atorado en los pulmones, dificulta la respiración.

El presidente decretó la cuarentena y desapareció con todo su gabinete. Igual hizo el Congreso y, en general, todos los funcionarios del Estado. La ciudad quedó a la deriva. Los ciudadanos marchan confusos hacia los refugios, en donde han guardado agua y enlatados para varios meses. Casi no hay niños, y los que se ven de vez en cuando están enfermos y presentan malformaciones. Igual que a los habitantes de calle, nadie los quiere en los refugios.

A las 5:30 p. m. las calles están desiertas. De vez en cuando se alcanza a vislumbrar uno que otro transeúnte aterrorizado y algún inerme cuerpo tumbado en el andén. En la esquina, sentados en la acera, están el Cojo Rolando y Marbella, la Mona. Ríen y se divierten en medio de la lluvia que les lacera la piel.

—Bendita lluvia —grita el Cojo—, dejó limpiecitas las calles. Todos esos hijueputas quedaron encerrados debajo de la tierra. —Suelta una gran carcajada.

—El Calvo dejó la taberna abandonada —responde Marbella con su boca desdentada y sus carnosos labios rajados por la resequedad. El Cojo se asoma y da crédito a Marbella.

—Pues mamita, ya que tiene tan buena vista, la invito a un trago fino. Le pongo a su disposición el negocio —dice el Cojo con acento romántico.

—Pues que viva la lluvia, qué hijueputa, aunque nos arranque el cuero —grita Marbella eufórica, colgada del brazo del Cojo, con sus ojos verdes iluminando la calle en una mueca de alegría que él nunca le había visto y con la piel roja ulcerada por el ácido.

Atraviesan la calle. El Cojo saca una pequeña navaja de su bolsillo, y con una gran experticia, en menos de un minuto abre la cerradura y hace entrar a Marbella.

—Yo le dije que algún día la iba a atender como a una reina. Pida lo que quiera, que yo pago —deja escapar otra carcajada característica de él.

Quedan boquiabiertos al ver los estantes repletos de botellas de licor aún sin destapar, cartones enteros de cigarrillos, y la discoteca atiborrada con CD de boleros y música de despecho.

—Huy, Diosito lindo —comenta Marbella—. Se nos apareció la Virgen.

El Cojo mientras tanto se cuela detrás de la barra.

—No hay mal que por bien no venga —dice el Cojo mirando a Marbella, mientras trata de poner en la rocola una canción de Darío Gómez—. Usted está muy bonita hoy —le dice con mucha timidez.

—No jodás, que te cagás —contesta Marbella—. Qué bonita ni qué carajo. Descuerada es que estoy. Mejor destape una de esas botellas.

—Venga, es que de verdad usted me gusta mucho —contesta el Cojo haciéndole ojitos.

Marbella agacha la cara presa de la vergüenza y se sienta en la barra mirando para todos lados. Encuentra la registradora.

—Oiga Cojo, eso debe estar lleno de billete.

—Y billete para qué, mamita. ¿Pa' comprar trago? —Suelta de nuevo la carcajada.

Marbella también se ríe. Abre la caja, que efectivamente está llena de billetes. Su cara se ilumina. No pude creerlo.

—¿Si ve?... —dice Marbella—. Dios le da pan al que no tiene dientes. —Sonríe y deja ver los tres dientes amarillos que le quedan. Los dos ríen del chiste.

El Cojo destapa una botella y sirve dos tragos de whisky. Se acerca a Marbella y le ofrece uno. Ella lo bebe de un solo sorbo;

igual el Cojo. Los dos hacen muecas acusando el alcohol, que les quema la lengua.

—Salud —dice el Cojo—. Y agarre todo ese billete para su pensión. —Se ríen a mandíbula batiente.

El Cojo se acerca a Marbella y le acaricia la cara. Ella se retira adolorida. Su piel está quemada y llena de llagas.

—No sea así, Cojo —grita Marbella—. ¿No ve que tengo la cara quemada y me duele mucho?

—Perdón, yo solo quería darle un besito y consentirla —contesta el Cojo—. Si no aprovechamos ahora, ¿cuándo?

—Qué besito ni qué mierda —le grita de nuevo Marbella—. La vida es una porquería: todo lo del pobre es robado. —Llora tocándose la cara—. Toda la vida sin un hijueputa peso, comiendo mierda, y ahora que tenemos billete y trago como un verraco, nos estamos despellejando —continúa Marbella—. Es que el que nace para tamal, del cielo le caen las hojas. —Se seca las lágrimas y ríe—. Eso es estar muy cagado, ¿cierto?

—Y qué —dice el Cojo—. Hoy estamos mejor que los que se emborrachaban aquí todos los días, ¿o no? Ahí están encerrados como ratas, y nosotros, frescos como una lechuga... Bueno, como una lechuga podrida. —Al unísono sueltan una enorme carcajada—. Hoy todo esto es de nosotros. ¿Quién nos quita lo bailao? Más bien tómese otro traguito, Marbella, y si nos podremos, nos podremos felices.

Sirve dos tragos grandes y le da uno a Marbella, quien ya presenta síntomas de embriaguez.

Marbella, llorosa, recibe el trago, lo bebe de un solo sorbo y le pide otro. El Cojo se lo da.

—¿Vio, mamita? Uno no sabe para quién trabaja. Finalmente el Calvito, con todo y lo tacaño que es, nos tenía esta sorpresita —dice el Cojo mirando con tristeza a Marbella—. No llore. Disfrutemos esto. Es nuestro regalo por haber comido tanta mierda. Yo siempre la he querido, aunque no me haya dado ni agua, y la sigo queriendo,

así podrida y todo. No llore. —La toma suave por los hombros—. Mejor tómese otro trago.

—Usted es muy bueno conmigo —dice Marbella embriagada, mirando al Cojo—. Yo he sido muy barro con usted, pero es que a mí me ha ido muy mal con los hombres y me da miedo... Huy, yo qué estoy diciendo... Qué miedo ni qué hijueputa. Deme otro trago más bien.

El Cojo sonrío y le sirve otro vaso lleno de licor, y con mucha dulzura le acaricia con cuidado las manos a Marbella.

—Oiga, Cojo, ¿de verdad yo le gusto?

—Sí —contesta el Cojo.

—¿Usted de verdad quiere algo conmigo? —dice Marbella. La cara del Cojo se sonroja y los ojos se le abren como dos bombillos.

—Sí, Mona. Usted sabe que sí —contesta tímido, pero con decisión.

—¿Quiere que me desvista?

—¿Qué? —contesta el Cojo, sorprendido—. ¿De verdad? Pues yo no sé... Si quiere... ¡Desvístase! —le contesta el Cojo con risa nerviosa.

Marbella se desviste delicadamente. Su cara y sus manos están quemadas y llenas de llagas, pero su cuerpo desnudo deja ver una mujer joven y bien formada, con una piel morena parejita. El Cojo queda estupefacto.

—Si quiere tocarme... —le dice Marbella al Cojo.

El Cojo se pone muy nervioso y hace movimientos torpes e indecisos hacia los lados. Al fin se acerca y le acaricia con mucha timidez el cuerpo.

—Tóqueme bien —dice Marbella—. Tóqueme duro, que ahí no me duele.

—Yo no sé cómo se hace: nunca he tocado una mujer —dice el Cojo, muy nervioso—. Espere me tomo otro traguito. —Toma la botella y se da un sorbo largo, hasta que la tos lo obliga a parar.

—Yo, en cambio, he tenido muchos hombres —contesta Marbella—. Todos igual de chandas, pero ninguno me ha querido.

A mí nadie me ha querido, Cojo. Siempre me han usado. Tóqueme y quiérame, Cojo, que yo sé que usted es más distinto. Antes de podirme quiero que alguien que me quiera me toque, y yo sé que usted siempre me ha querido.

Marbella baila, agarra una botella de la barra, bebe un sorbo. Una sensación de erotismo envuelve todo el bar. Se acerca al Cojo y lo desviste. Le besa el pecho, le da un trago con su boca. El Cojo sonrío. Sus ojos se humedecen. Retira un girón de piel de la cara de Marbella. Ella se suelta y va al escaparate. Trae otras tres botellas de whisky, las destapa y las vacía sobre ellos, proponiendo un doloroso juego masoquista. El Cojo siente el dolor, pero asume el juego. Se besan como si lo hubieran hecho toda la vida. El ardor es tremendo, pero placentero. Ya casi no pueden respirar. El Cojo tiene una gran erección. Marbella lo acuesta y se sienta encima. Hacen el amor contra la vitrina, soportando el ardor de la piel desprendiéndose de la carne y el aire que lacera los pulmones.

—La quiero mucho, Mona —dice el Cojo, ahogado—. Yo sabía que no iba a morir virgen. —Los dos ríen con dificultad. Marbella, completamente sofocada, sin perder la excitación, lo contempla—. La quiero mucho —repite—. Aunque le quede solo la calavera—. Marbella sonrío, ya con los ojos hinchados y visiblemente asfixiada.

—Tener sexo con alguien que lo quiera a uno... —murmura Marbella llorando—. La vida es una chimba. Más vale tarde que nunca. —Se reclina al lado del Cojo. Sus labios quebrados dejan ver los dientes amarillos. Un fuerte ataque de tos deja la vitrina llena de sangre—. Ya no me duele nada —dice—. Hoy es el mejor día de mi vida. Quién se iba a imaginar, yo con usted. La vida da muchas vueltas, pero al que le van a dar, le guardan. —Marbella se voltea para acariciar al Cojo—. Oiga, despierte. —El Cojo yace en el piso con la boca llena de sangre—. Ah, se murió —dice Marbella. Sin dolor, cierra los ojos y deja escapar una enorme sonrisa de su boca.